

EX
OR
DIO

[1] GONZALO BEDIA
Impresor

[2] JOSÉ HIERRO
Poeta

[3] DANIEL GIL
Diseñador gráfico



[3]

EX
OR
DIO [3]

PERTENEZCO a la generación de mediados del pasado siglo y por afición a la lectura en mi juventud, era lector de libros de la Colección de Bolsillo de Alianza y la colección *Austral* de Espasa-Calpe. En la primera de ellas había un dato en la contracubierta que llamó mi atención desde el principio. Junto al texto que ofrecía alguna información acerca del autor y una breve reseña sobre la obra, se podía leer *Cubierta: Daniel Gil*. Esta indicación era constante, nunca aparecía otro nombre del creador de la cubierta, siempre se trataba de Daniel Gil.

No recuerdo otras colecciones de aquella época que revelaran quién era el autor de las portadas, ni conocía, por tanto, otros nombres de autores de cubiertas que el que se encargaba de hacer las de la editorial Alianza.

Bastantes años después, cuando en 1990 se realizó la exposición «Daniel Gil. Diseñador gráfico» en la Biblioteca Nacional, me sorprendió conocer que el nombre que había quedado grabado en mi memoria, con la imagen de algunas de sus portadas, correspondía a alguien que había nacido en Santander. Su nombre era entonces, y sigue siendo en la actualidad, prácticamente desconocido en esta tierra. A pesar de las ocasiones en las que ha regresado públicamente, impartiendo cursillos y seminarios o realizando trabajos como el cartel de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, son muchos los santanderinos y cántabros de reconocida cultura que continúan ignorando su nombre y su obra.

Sin embargo, aunque Daniel Gil está considerado por muchos el maestro del diseño gráfico español, su obra no abarca sólo las portadas de libros, sino que se extiende a campos tan diversos como las carátulas de discos, decoraciones domésticas, vidrieras, logotipos. En definitiva, se trata de un artista polifacético que ha sabido dar a su obra ese sello personal que lo distingue y hace que un trabajo de Daniel Gil sea reconocible, no sólo por su calidad, sino también por esa forma suya de adaptar objetos e imágenes a las necesidades de la creación artística. Se ha escrito mucho de la presencia de escritores, bibliófilos y coleccionistas de arte en las mañanas de domingo, a primera hora, recorriendo los puestos del Rastro madrileño. Allí acudía también Daniel Gil a la búsqueda de objetos inservibles, piezas rotas e incompletas en las que nadie reparaba, para componer con ellas algunas de las más emblemáticas portadas de su carrera.

Cuenta este número con la colaboración del diseñador Manuel Estrada, comisario de la exposición sobre portadas de libros de Daniel Gil que tuvo lugar en Gijón en abril de 2000, con un artículo publicado entonces en la revista *Experimenta*.

Daniel Molotov

HACE algunos meses vino a mi estudio un joven diseñador brasileño, una de esas personas con ojos de esponja que lo miran y se lo beben todo, con la ansiedad de los que acaban de atravesar el desierto de Gobi. Hablamos de Brasil y del trabajo de los diseñadores en Madrid. En un momento de la conversación me dijo: «Acá, en Madrid, se nota mucho el estilo español de diseñar». Me dejó sorprendido y le pedí que me explicase cómo era ese estilo del que hablaba: «Sí, ese uso de los objetos cargados de mensajes, así muy conceptuales, ya sabe». No creo que sea una casualidad que Daniel Gil haya realizado, en los años 70, dos exposiciones muy completas sobre su trabajo, una en Río de Janeiro y otra en São Paulo con amplia repercusión en la prensa brasileña. En cualquier caso me sorprendió este punto de vista porque, hasta ahora, las visiones sobre el diseño español, visto desde fuera, que conocía eran de dos tipos: Tipo A (el más extendido): En España no existe, prácticamente, diseño reseñable. Tipo B: El diseño español es una cosa que imita la pintura de Miró: trazos sueltos y colores mediterráneos. Lejos de mí, intención alguna de intentar definir lo que pueda ser el diseño español. Creo que tenemos poca perspectiva todavía para hacer una verdadera historia sobre cosa tan escurridiza. Pero si hay algo que me parece claro, es la enorme influencia que el trabajo de Daniel Gil ha ejercido, desde su cátedra de las dos mil y pico portadas de Alianza Editorial, sobre varias generaciones de lectores de habla hispana entre los años 60 y 80.

Diseñadores, fotógrafos, poetas, todos tenemos los archivadores de la retina llenos de imágenes hermosas e inolvidables firmadas por él. Algunas tan brillantes que, en ocasiones, son capaces de oscurecer al propio libro que envuelven. Recuerdo sólo a retazos el texto de Conrad «El corazón de las tinieblas», pero ese corte vertical, sobre el verde oscuro de la portada, por el que palpita, inquietante, un fondo rojo, es de las imágenes más fuertes y sutiles que conservo. Tan sólo guardo un leve recuerdo del esquema argumental de «El banquero anarquista» de Pessoa, pero puedo describir, sin verla y con todo detalle, la botella de coca-cola pintada de purpurina dorada, que, con la mecha chispeante, convertía la portada de estos cuentos del escritor portugués, en el cóctel molotov más explosivo de todos los que yo haya visto. Esta forma de tratar las imágenes, de manipular los objetos, de convertirlos en material explosivo de altísima potencia visual, es una aportación original de la obra de Daniel Gil que ha abierto una auténtica autopista para la comunicación por la que nos hemos precipitado, tras él, conductores de todo tipo de vehículos más o menos gráficos. Si Daniel Gil no fuese un diseñador mesetario, tal vez hoy se conservarían, en alguna Fundación, Museo o Garaje hermético esos cientos de objetos manipulados que han dado vida a sus portadas. Derrotados y dispersos, muchos adornarán algunas estanterías y salones de gentes que tal vez no sepan el valor de lo que poseen. No sé lo que las generaciones futuras conservarán como testimonio y expresión artística de este final de siglo corto, como lo llama Hobsbawm, pero sospecho que algunos de los objetos que hoy cuelgan en los museos contemporáneos, verán aumentar su flacidez hasta caer en el olvido. Otros, vistos hoy como menores y vulgarmente cotidianos, cobrarán vida con el paso del tiempo y se convertirán en los representantes más fieles del arte de esta extraña época plagada de sueños y desengaños en los que Daniel ha participado activamente.

Entre estos objetos que el tiempo, estoy seguro, sabrá colocar como algunas de las mejores expresiones artísticas de esta época, estarán, se admiten apuestas, muchas de las portadas de Daniel Gil.

No puedo, sin embargo, acabar este escritorio, sin advertir que escribo alejado de cualquier posición de equilibrada y docta imparcialidad, ya que tiendo a perder la compostura con la gente a la que quiero, y que, debo confesarlo, Daniel es mi amigo.

para la colección Flor

DANIEL Gil nació en Santander el día 17 de febrero de 1930, en la misma calle Magallanes en la que transcurriría su infancia, la que habría de ser el escenario de sus primeros juegos y en la que todavía hoy conserva su domicilio santanderino su hermana Mari Carmen.

Al concluir sus estudios primarios se matricula en la Escuela de Artes y Oficios de Santander, de donde marcha a Madrid para estudiar pintura en la Escuela de Bellas Artes, pero no le satisfacen las enseñanzas que allí se imparten y abandona la carrera. Regresa entonces a Santander donde participa en los movimientos culturales del momento (años 50), como *La Isla de los Ratones* y alguna tertulia literaria, a las que acude en compañía de su hermano Paco.

En 1952 ingresa en el PCE y en 1957 marcha clandestinamente a la URSS para participar en un festival cultural de izquierda. Al regreso se queda en la Hochschule für Gestaltung de Ulm (Alemania), creada dos años antes por el antiguo alumno de la Bauhaus, Max Bill. En esta escuela permanecerá durante un período de seis meses que será fundamental en su formación artística.

De regreso en España hizo dibujos infantiles para decorar habitaciones. Realizó vidrieras en Cuenca, para la Caja de Ahorros, y en Madrid para Mercedes Benz. También realizó algunos mosaicos. Posteriormente consiguió un trabajo en la productora discográfica Hispavox, en la que llegó a ser director de arte, donde su primer encargo fue una carpeta para unas hermanas flamencas. Llegaron luego las que realizó

para una de las estrellas de la compañía, Sara Montiel. Esta época fue muy interesante para Daniel Gil, porque tenía libertad para trabajar, pero también unas exigencias terribles. Recuerda que Hispavox tenía una forma curiosa de explotación, pagaban cada mes la mitad del sueldo, y el resto al finalizar el año. Eran tiempos difíciles, las relaciones entre el empleado y la empresa tenía sus peculiaridades: *Le decías al director que querías comprarte un Simca 1000 como el suyo y te decía: «Si te compras un Seiscientos te adelanto el dinero, si no, no».* A pesar de ello permaneció en la empresa durante siete años, hasta que le llegó la oferta de la editorial Alianza.

La propuesta laboral de Alianza poseía una característica especial que influyó decisivamente para que Daniel Gil aceptara, tenía un horario de ocho de la mañana a tres de la tarde, lo que le dejaba las tardes libres y le permitía dedicarse a pintar. Por otra parte, gozaba de total libertad para trabajar. Durante los treinta y cinco años que permaneció en la editorial, de 1965 a 1989, diseñó más de 2.000 cubiertas. Se trataba, en opinión de su autor, de un trabajo muy mecánico, *«A veces ideaba una portada según lo que me sugería el libro y otras no me decían ni de qué iba. Pensaba, sí, pero no era consciente de ello porque el ritmo era muy rápido: he llegado a hacer veinte portadas al mes. Digamos que tengo talento. A diferencia de los carteles de cine que he diseñado, donde la idea debía ser clara y sencilla, las cubiertas tenían mayor profundidad. Son reflexiones sobre el libro. Lo que más me ha ayudado en mi trabajo ha sido conocer al autor y saber algo de escultura. Pero, sinceramente, no me inspiro en nada».*

Al adquirir el grupo Anaya la editorial Alianza, Daniel Gil pasa a ser director de arte de todas las editoriales del grupo, pero ya no se trataba de la misma empresa, no estaba cómodo y termina abandonándola. Comienza entonces a trabajar para la Fundación Thyssen-Bornemisza, de donde sale escaldado por la pretensión que tenía el equipo gerente de que les regalara su trabajo.

Pero volviendo al periodo de sus comienzos, los primeros años de su actividad artística en Santander, el despertar a la actividad que le ha dado prestigio internacional, objeto de esta publicación, nos interesa repasar aquellos momentos de la década de los años 50, vividos tan intensamente en Santander.

Acude, como ya se ha comentado, a las tertulias culturales que había en Santander, están presentes en ellas artistas de la más variada condición: pintores, escultores, poetas, escritores.

MANUEL ARCE

CARTA DE PAZ
A UN HOMBRE EXTRANJERO

VERSION FRANCESA

POR

ROGER NOEL-MAYER



COLECCION "FLOR"

SANTANDER-1951

Primera portada realizada por Daniel Gil.

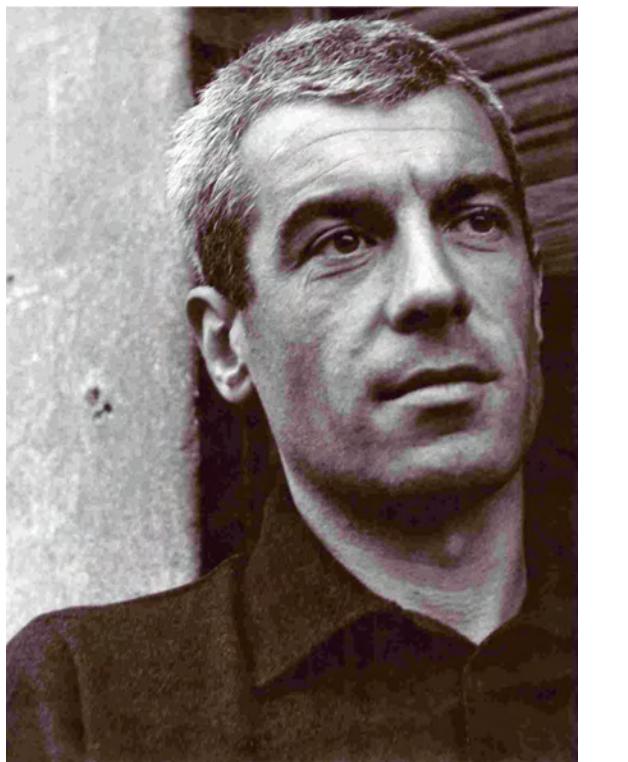
La relación que mantiene Daniel Gil con el mundo de la creación poética cántabra de aquellos años está enmarcada dentro de aquellas reuniones, recitales y tertulias que se celebraban en Santander. Autores jóvenes que acudían a ellas y que han marcado la historia cultural de Cantabria del siglo XX, son nombres como: Manuel Arce, Alejandro Gago, Salvador García Castañeda, José Hierro, Ángel de la Hoz, Jesús Pardo, Leopoldo Rodríguez Alcalde, Carlos Sansegundo, Miguel Vázquez o Ricardo Zamorano.

Una de ellas comienza sus actividades en el mes de octubre de 1948, en la «Sala Mesi», nombre dado al piso alto del bar Mesi en el que se reunían, muy próximo a la Biblioteca de Menéndez Pelayo. García Cantalapiedra en su obra *Desde el borde de la memoria* reproduce una fotografía en la que se ve una reunión preparatoria de sus actividades. Aparecen en ella, junto a Manuel Arce, José Hierro y Alejandro Gago, los dos hermanos Gil, Daniel y Francisco.

Otro de los asistentes a aquellos actos era el poeta Alejandro Gago, que en 1998 colaboraba en el libro *La Isla de los Ratones. Poesía española del medio siglo* con un artículo titulado *Tertulias y recitales del grupo de «La Isla»*, recuerda las tertulias que se celebraban en la «Sala Mesi», de la calle Gravina, y en el bar Flor, al comienzo de la calle Calvo Sotelo, ambos ya desaparecidos.

De esta última, la del bar Flor, que Manuel Arce define como la tertulia de *La Isla de los Ratones* en su texto «*La Isla de los Ratones: Una lágrima de luna*» surge una publicación que ha de ser la que marque el comienzo de la carrera de Daniel Gil como diseñador de cubiertas de libros. Se trata de la «Colección Flor», realizada en los talleres tipográficos de la Casa Cuevas. La colección no pasó del segundo número y supone un intento de su editor, José Antonio Cuevas, por ampliar la oferta editorial poética que en aquellos momentos ofrecía Santander.

Se iniciaba así la carrera que mayor influencia habría de tener en el diseño editorial español posterior a la II República. Un magisterio que se extendería como una tela de araña por todos los rincones del país, sobrepasando el ámbito editorial: en los años ochenta, coincidiendo con su etapa final en Alianza, el «mítico sótano», *La mandrágora*, centro neurálgico de la llamada movida madrileña, tenía revestida con portadas de Daniel Gil una puerta interior de poco uso, que se transformaba así en un complemento de la decoración del local.



Daniel Gil hacia 1970.

Esta carpeta EXORDIO [3]
se terminó de imprimir
el día 22 de julio de 2005
en Bedia Artes Gráficas, S. C.
de la ciudad de Santander



índice

Introducción	1
Daniel Molotov	3
MANUEL ESTRADA	
Para la colección Flor	5

FERNANDO DE VIERNA

EX
OR
DIO [3]

EDITA: Fernando de Vierna
Pasaje de Peña, 1
39008 Santander

IMPRIME: Bedia Artes Gráficas, S. C.
San Martín del Pino, 7
39011 Santander

Depósito legal: SA. 1.195—2003